

#07

¿QUÉ PASA CON EL ARTE?

7a.
*Stevenson y los
mapas*

En agosto de 1894, muy poco antes de su muerte en diciembre del mismo año, Robert Louis Stevenson publicaba en la revista *The Idler*, para la sección «My First Book», un artículo en el que hablaba del momento exacto en que empezó a existir la isla de la que habría de salir en el futuro el astuto John Silver con su parte del tesoro, dispuesto a disfrutar hasta el fin de sus días de las comodidades de esta vida, ya que eran —según la famosa conjetura de Jim Hawkins— «muy escasas sus probabilidades de gozar de comodidad en el otro mundo». Hay en ese artículo sobre la creación de *La isla del tesoro* unas palabras famosas. En concreto, estas:

I am told there are people who do not care for maps, and find it hard to believe. The names, the shapes of the woodlands, the courses of the roads and rivers, the prehistoric footsteps of man still distinctly traceable up hill and down dale, the mills and the ruins, the

ponds and the ferries, perhaps the «Standing Stone» or the «Druidic Circle» on the heath; here is an inexhaustible fund of interest for any man with eyes to see, or twopence worth of imagination to understand with. No child but must remember laying his head in the grass, staring into the infinitesimal forest, and seeing it grow populous with fairy armies.¹

Nosotros podríamos traducirlo así:

Me han dicho que hay personas a las que no les gustan los mapas, cosa que me resulta difícil de creer. Los nombres, las formas de los bosques, el curso de los caminos y los ríos, las huellas de hombres prehistóricos todavía visibles en lo alto de las montañas y el fondo de los valles, los molinos y las ruinas, los estanques, los transbordadores, un menhir o un círculo druídico en el brezo; se trata de una fuente inagotable de interés para cualquier hombre con ojos en la cara o un mínimo de imaginación. Ningún niño puede por menos de recordar haber apoyado la cabeza en la hierba, haber mirado el bosque infinitesimal y haber visto cómo se poblaba de ejércitos de duendes.

Quizá no sepan que el origen de *La isla del tesoro*, una de las novelas más famosas de todos los tiempos y, hoy por hoy, un clásico del canon de la LIJ, tuvo su origen en un hallazgo inesperado. En 1881, además de no haber escrito aún un solo libro, Robert Louis Stevenson tenía 31 años, una familia adinerada que lo mantenía de mala

¹ Robert Louis Stevenson (1986). «My First Book—Treasure Island». *The Courier*, 2 (21), 77-88. La cita se encuentra en la página 81.

gana, un intento poco exitoso a sus espaldas de ejercer la abogacía y, sobre todo, una muy mala salud. A causa de esto último, su médico le había recomendado pasar el verano en las High Lands escocesas, lejos del humo tóxico de la industrial Edimburgo, su ciudad natal. Fue así, en busca de aire saludable para sus pulmones, como acabó por alquilar una casa en la pequeña localidad de Braemar, donde se instaló junto a su mujer, Fanny Van de Grift, y su hijastro de trece años, Samuel Lloyd Osbourne, fruto de un matrimonio anterior de Fanny. Nuestro escritor no tuvo mucha suerte en su intento de respirar aire puro, pues años más tarde él mismo recordaría cómo aquel agosto resultó ser «más lluvioso que un marzo». Dado que la familia se aburría encerrada en casa, el joven Samuel y su padrastro dieron en entretenerse dibujando. No sabemos cuál de los dos fue el primero en trazar el mapa de una isla, pero, en efecto, esa isla dibujada por azar iba a ser el origen de la novela.

7b.
*Aristóteles (Poética,
I, 9, 1451ab).*
*Diferencia entre la
poesía y la historia*

Esto dice Aristóteles en el Libro I de su *Poética*:

Y también resulta claro por lo expuesto que no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad. En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (pues sería posible versificar las obras de Heródoto, y no serían menos historia en verso que en prosa); la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro, lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia; pues la poesía dice más bien lo general, y la historia, lo particular. Es general a qué tipo de hombres les ocurre decir o hacer tales o cuales cosas verosímil o necesariamente, que es a lo que tiende la poe-

sía, aunque luego ponga nombres a los personajes; y particular, qué hizo o qué le sucedió a Alcibíades.¹

¹ Aristóteles, *Poética* (Valentín García Yebra, ed.), Madrid, Gredos, 1999, págs. 157-158.

7c.
*Pensar a través de
la imaginación
literaria*

Imaginemos por un momento que una tarde o una mañana cualquiera nos sentamos solos en el banco de un parque. No tiene por qué ser un lugar especial ni rebuscado: nos basta con alguno de esos parques que frecuentamos o por los que pasamos a diario. De hecho, convendría que el sitio nos resultase algo familiar. ¿Qué pasaría si nos diese por observarlo atentamente? Si intentásemos explicar la historia que lleva aparejada cada una de las personas o las cosas que vemos, apenas unos minutos bastarían para darnos cuenta de que hasta la realidad que nos parece más inmediata y mejor conocida es más inagotable de lo que habitualmente pensamos. Por ejemplo: ¿de dónde viene esa señora que pasa con aire distraído delante de nosotros?; ¿recordará mañana el niño que es mecido por su abuelo en un columpio momentos como ese con nostalgia?; ¿qué llevaría a la pareja que regenta la pequeña tienda cercana a emprender ese negocio?; ¿qué habría en la

zona antes de que el ayuntamiento tomase la decisión de construir un parque?; ¿quién y por qué grafiteó un nombre y una fecha en el muro? Así podríamos seguir hasta el infinito, haciéndonos miles de preguntas.

Cuando se observa con detenimiento y con predisposición a plantear cuestiones, la realidad es infinita.